

OFICINA DE INFORMACIÓN / HOMILÍA ARZOBISPO DE TOLEDO
VIGILIA PASCUAL. 20 de abril de 2019

Queridos hermanos:

Pascua es la fiesta de la nueva creación. ¿Nueva creación? Sí, porque Jesús ha resucitado y ya no muere más. Ese es nuestro grito de alegría en esta noche. Cristo ha descerrajado una puerta que nos estaba cerrada: la puerta que da acceso a una nueva vida, la que ya no conoce ni la enfermedad ni la muerte. Algo inaudito, que apenas creemos.

Tertuliano, autor cristiano en el siglo III, tuvo la audacia de decir, refiriéndose a la resurrección de Cristo y a la nuestra: “Carne y sangre, tened confianza, gracias a Cristo habéis adquirido un lugar en el cielo y en el reino de Dios” (CCL II 994). Se ha abierto una nueva dimensión para los humanos. La creación se ha hecho más grande y espaciosa, no circunscrita a lo que vemos y donde estamos: la Pascua es el día de la nueva creación.

Por ello esta noche la Iglesia comienza la Liturgia de la palabra con el relato de la antigua o primera creación, para que aprendamos a comprender la nueva. De la que empezarán a gozar enseguida nuestros catecúmenos, que se convertirán ya en neófitos, nuevos nacidos. Para ellos, y para los que llevamos ya mucho tiempo bautizados, se lee el relato de la creación del mundo. Tenemos que hacer notar que, en primer lugar, se presenta la creación como una totalidad, de la que forma parte la dimensión del tiempo. Los siete días son, en efecto, una imagen de un conjunto que se desarrolla en el tiempo. Todo está ordenado hacia el día séptimo, el día de la libertad de todas las criaturas para con Dios y de las unas para con las otras. Es decir, la creación está orientada a la comunión entre Dios y la criatura, no es un relato de ciencias naturales.

Pero, en segundo lugar, lo que dice el texto es que la primera frase de la historia de la creación es “Dijo Dios: exista la luz” (Gn 1, 3). Todo se inicia con la creación de la luz. El sol y la luna son creados solo el 4º día, y se las llama “fuentes de luz”, que Dios ha puesto en el firmamento del cielo. Ni el sol ni la luna tienen por sí mismo carácter divino, que las grandes religiones les habían atribuido. No, ellos no son dioses. Son cuerpos luminosos, creados por el Dios uno. Pero están precedidos de la luz, por la cual la gloria de Dios se refleja en la naturaleza de las criaturas.

¿Qué se quiere decir con esto de la creación? Que la luz hace posible la vida. Hace posible el encuentro. Hace posible la comunicación y, de este modo, hace posible la libertad y el progreso. Y el mal se esconde, no es como la luz. El que Dios haya creado la luz significa que Dios creó el mundo como un espacio de conocimiento y de verdad. La materia prima del mundo que vemos es buena, el ser es bueno en sí mismo. Y el mal no proviene del ser, que es creado por Dios, sino que existe solo en virtud de la negación. Es el “no”.

En la Pascua, pues, en las primeras horas del primer día de la semana, Dios vuelve a decir: “que exista la luz”. Antes hemos tenido la noche de Getsemaní, el eclipse solar de la Pasión y la Muerte de Jesús, la noche del sepulcro. Pero ahora vuelve a ser el primer día, comienza la creación totalmente nueva. “Que exista la luz”, dice Dios, “y existió la luz”. Jesús resucita del sepulcro. La vida es más fuerte que la muerte. El bien es más fuerte que el mal. El amor es más fuerte que el odio. La

verdad es más fuerte que la mentira. La oscuridad de los días pasados se disipa cuando Jesús resurge de la tumba y se hace Él mismo luz para Dios.

Pero lo grande, hermanos, es que esta realidad no se refiere solo a Jesús, ni a la oscuridad de los días de la Pasión y muerte de Cristo. Con la resurrección de Jesús, la luz misma vuelve a ser creada también para nosotros. Pero, ¿Cómo puede suceder esto? ¿Cómo puede llegar todo esto a nosotros sin que se quede solo en palabras, sino que sea una realidad en la que estamos inmersos? Por el Bautismo y la profesión de fe, el Señor ha constituido un puente para nosotros, a través del cual el nuevo día viene a nosotros. En el Bautismo, el Señor dice a aquel o aquella que lo recibe. *Fiat lux*, que exista la luz. El nuevo día, el día de la vida indestructible llega también para nosotros.

Cristo nos toma de la mano. A partir de ahora, Él te apoyará y así entrarás en la luz, en la vida verdadera. Es la iluminación. ¿Por qué y para qué? Porque la oscuridad amenaza verdaderamente al ser humano hoy, más de lo que creemos, porque, sí, éste puede ver y examinar las cosas tangibles, materiales, pero no a dónde va el mundo y de dónde procede. No sabe a dónde va nuestra propia vida. Ni qué es el bien y el mal. La oscuridad acerca de Dios y sus valores son la verdadera amenaza para nuestra existencia, y para el mundo en general. Otras iluminaciones que nos dan un poder increíble, pueden ser progreso, pero son al mismo tiempo también amenazas que nos ponen en peligro, a nosotros y al mundo.

En las cosas materiales, sabemos y podemos tanto, pero lo que va más allá de esto, Dios y el bien, ya no lo conseguimos identificar. Por eso la fe, que nos muestra la luz de Dios, es la verdadera iluminación, es una irrupción de la luz de Dios en nuestro mundo. De modo sencillo, hermanos, pero significativo, la Iglesia presenta en esta noche el misterio de la luz con un símbolo particular y humilde: el cirio pascual de que hemos tomado de su fuego con nuestra vela y que la tomarán nuestros hermanos que serán en pocos minutos bautizados. Y nosotros también, más tarde, con las velas encendidas, renovaremos nuestro igualmente Bautismo.

Ved, hermanos, escuchad, rezad y cantad: la Liturgia del Bautismo empieza. Miremos y gocemos: nuevos hermanos se unen a nosotros, Iglesia de Toledo.

✠ Braulio Rodríguez Plaza
Arzobispo de Toledo. Primado de España